

# ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

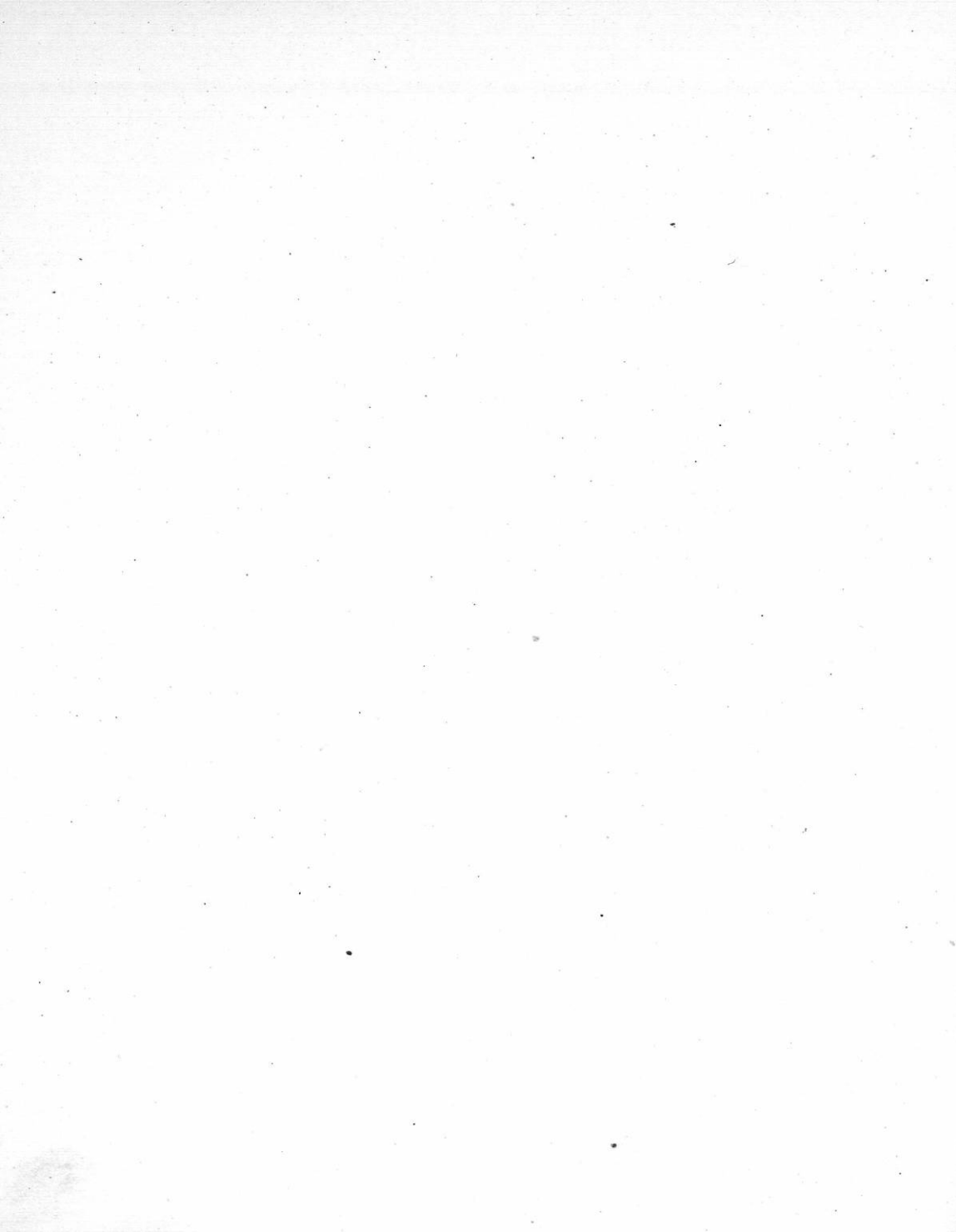
2.ª É P O C A

Año 1956 - Número 80



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA  
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL



218

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTORICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. **248**

---



*IMPRESO EN ESPAÑA.*

*PRINTED IN SPAIN*

---

*EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL  
SÁN LUIS, 27. — SEVILLA.*

# ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA  
HISTÓRICA, LITERARIA  
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.<sup>a</sup> Epoca  
Año 1956



Tomo XXV  
Número 80

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA  
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL  
SEVILLA

# ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1956

NOVIEMBRE - DICIEMBRE

Número 80

## CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—D. Alberto BALBONTÍN DE ORTA.—D. Angel CAMACHO BAÑOS.—D. Juan DELGADO ROIG.—D. Eloy DOMÍNGUEZ RODIÑO.—D. José HERNÁNDEZ DÍAZ.—D. Federico JIMÉNEZ ONTIVEROS.—D. Manuel JUSTINIANO MARTÍNEZ.—D. Celestino LÓPEZ MARTÍNEZ.—D. Enrique MARCO DORTA.—D. Cristóbal PERA JIMÉNEZ.—D. Angel RODRÍGUEZ QUESADA.—D. Joaquín ROMERO MURUBE.—D. José RUBIO RIVAS.—D. Francisco RUIZ ESQUIVEL.—D. Tomás SALAS SÁNCHEZ.—D. Federico VILLANOVA HOPPE.—Director, D. Luis TORO BUIZA.—Secretario, D. José Andrés VÁZQUEZ.

## SUMARIO

Págs.

### ARTICULOS

Al Sayyid Salem.— <i>Restos de un baño musulmán en Sevilla.</i> (Una ilustración en el texto y otra fuera).....	173
Jesús de las Cuevas.— <i>Sobre una carta inédita de Bécquer.</i> (Cuatro ilustraciones fuera de texto).....	179
José Félix Navarro Martín.— <i>La Ronda del Pecado Mortal.</i> (Una ilustración en el texto).....	191
Felipe Cortines Murube.— <i>El Alcalde de Montellano.</i> .....	199

### MISCELANEA

Francisco López Estrada.— <i>Juan Ramón Jiménez, Premio Nobel.</i> (Una ilustración fuera de texto).....	215
M. Beca Mateos.— <i>Mensaje de Gozo y Dolor.</i> .....	219
Ramón Fernández Mato.— <i>A la Habana viene un barco cargado de ..</i>	221
A. Domínguez Ortiz.— <i>Piedras americanas en el Sagrario de la Catedral de Sevilla.</i> .....	225
* * *— <i>Premios y Becas de la Excma. Diputación Provincial</i> (Patronato de Cultura).....	227
LIBROS: Varios.....	229
CRÍTICA DE ARTE: <i>Pintura, Escultura y Grabado</i> , por José Guerrero Lovillo.....	245
CRÓNICA: José Andrés Vázquez.— <i>Cronista Oficial de la Provincia.</i> — <i>Septiembre, 1948.</i> .....	249

ARTICULOS ORIGINALES

ARCHIV HISPANICUM

1814



## SOBRE UNA CARTA INÉDITA DE BÉCQUER

**M**E ha sido posible, merced a la gentileza de mi buen amigo Gonzalo Segovia, de Jerez de la Frontera, que tan amablemente ha vuelto a poner a mi disposición su muy valiosa colección de cartas del XIX —en su poder, hoy procedentes de su antepasado el conde de Casa Segovia— y a quien quiero agradecer desde aquí todas sus atenciones, el publicar, ahora, una tarjeta y una carta inédita de Gustavo Adolfo Bécquer, que bien merecen algunos comentarios.

Ya en otra ocasión me fué dado saborear unas cartas de Fernán Caballero y de Gertrudis Gómez de Avellaneda en esta misma colección de Gonzalo Segovia, de las cuales di cuenta en estas páginas (1). Entonces, me referí a ese gran caballero de su tiempo que fué el conde de Casa Segovia (2), Alcalde de Sevilla, académico y secretario de la Real de Buenas Letras, diputado, durante once años, representando en las Cortes a la ciudad, socio fundador del Folklore Andaluz, orador de campanillas y escritor de muy bien cortada pluma. He repasado sus discursos de mantenedor en los Juegos Florales de Sevilla y Buenos Aires, su ensayo *La poesía lírica en los cinco primeros siglos de la Iglesia*, y creo que debería airearse algo más su figura literaria, un poco olvidada al correr de los años. Y sobre todo, su generosa amistad para con escritores y poetas, allí, en su casa de Sevilla, centro de reunión de los más ilustres artistas de su época. De ese modo se explica este epistolario, de donde trasciende el singular afecto que el conde sabía despertar a su alrededor.

---

(1) Tula y Fernán en Sevilla. A través de unas cartas inéditas en ARCHIVO HISPALENSE, núm. 66, julio-agosto 1954.

(2) Gonzalo Segovia y Arzidone nació en Cádiz en 1842 y murió en La Laguna en 1925. Su hija Gertrudis fué también poeta y novelista.

No en balde Casa Segovia fué el amigo fiel para colaborar calladamente en la obra artística de los demás —en la edición, por ejemplo, de los versos de Grilo— y el primero en volcarse cuando alguien de verdad lo necesitara. Un simple botón de muestra es el que Edmundo de Amicis le dedicara uno de sus mejores libros con encendidas palabras.

Tuvo, pues, siempre, Casa Segovia apasionamiento por cuanto se rozara con lo literario, y ello le llevaría a procurar para su colección la citada tarjeta y carta de Bécquer. No sabemos si llegaría a conocerlo personalmente —cuando murió Gustavo Adolfo, en 1870, Casa Segovia tenía 28 años—, aunque es casi seguro que si Casa Segovia marcha a Madrid en 1863 con carta de presentación de Fernán Caballero a Hartzenbusch y frecuenta aquella vida literaria, aquel café Suizo, en la calle del Príncipe, o el de los Angeles, donde escribía Bécquer; pero pasados los años, en 1912, cuando el traslado de los restos de Gustavo Adolfo a Sevilla, el conde de Casa Segovia fué uno de los que llevaron su féretro desde la iglesia de San Vicente hasta la carroza que lo llevó a la iglesia de la Universidad.

### Una tarjeta poética.

Y vamos con la tarjeta de visita a la que hacíamos, antes, referencia. En una de sus caras, en letras de imprenta, se lee: Gustavo Adolfo D. Bécquer; en el reverso, autógrafa y firmada por el poeta, la Rima XV.

Pero es curioso cómo en esta Rima encontramos una tachadura en uno de sus versos y, encima, y con otra letra, estas dos palabras: «sin playas». Nos referimos al siguiente verso: «en mar sin playas, ola espumante».

En la cuartilla original de dicha Rima, existe también la misma tachadura y esas dos palabras corregidas —«sin playas»— aparecen con idéntica letra a la vista en esta tarjeta. Como sabéis, esas palabras son iguales a las escritas por Bécquer en su Rima. Se trata, por tanto, de una simple aclaración, por parecerle al corrector algo confusa tal como estaba en la letra de Gustavo Adolfo, esa ortografía de «rasgos nerviosos, pero correctos, al decir de F. Laiglesia (3).

Por otra parte, se supone que dicha aclaración fué hecha por Narciso Campillo, quien revisó y cuidó los papeles de Bécquer, entre los cuales quizá se encontraría esta tarjeta, Campillo, con especial sincronismo, se cuidó de tachar las mismas dos palabras y las repitió, otra vez, encima de su letra.

No es la primera vez tampoco que aparece una tachadura en una de las Rimas del poeta. En las *Páginas desconocidas de G. A. Bécquer* —re-

(3) En su Nota a Bécquer.—Sus retratos. Voluntad, 1922.

copiladas por Fernando Iglesias Figueroa (4), leemos, en el *Preliminar*, cómo una de sus Rimas, la que empieza «Una mujer envenenó mi alma»— en el original del libro que el poeta pensaba publicar bajo el título de *Libro de los Gorriones* (5)— estaba tachada. «¿Qué historia de dolor hay en esa Rima que Bécquer se arrepintió de haber escrito?». Esta misma Rima XV, autógrafa, se encuentra en Sevilla (6) y esas dos palabras— «sin playas»— aparecen ahora sin enmienda alguna, tal como Bécquer las escribiera.

La intervención de Campillo, que se cuidó de aclararlas, la explica la «dilecta amistad» que tuvo siempre para con Bécquer. Un año mayor que Gustavo Adolfo, sevillano como él, juntos fueron al Colegio de San Telmo. «Poco después de ingresar como alumno Gustavo Adolfo —escribe Campillo— lo fué el que estas líneas escribe, y nuestra amistad de la primera infancia se fortaleció entonces con la vida común, vistiendo igual uniforme, comiendo a una mesa y durmiendo en el mismo inmenso salón, cuyos arcos, columnas y melancólicas lámparas, me parece estar viendo todavía» (7). Narciso Campillo compone una biografía de Bécquer para un libro que no llega a publicarse —*Mis contemporáneos*— manuscrito que conservó entre sus papeles don Julio Nombela.

Lo que sí nos gustaría resaltar es que ya —que sepamos— existen tres redacciones autógrafas de la Rima XV. ¿La prefería Bécquer, acaso, sobre las restantes? ¿Le agradaba reproducirla para regalarla a sus amigos, quizá por esa confesión íntima de su propio carácter: «vaya esperanza de algo mejor—eso soy yo»? ¿Procuraba copiándola salvarla del olvido o de la pérdida, como le pasó con aquel cuaderno de sus «Rimas» que deseaba publicar González Bravo, con prólogo suyo, perdido en el asalto de las turbas al domicilio del ministro caído? Sea como sea, aquí tenemos para la posteridad esta tarjeta de visita del poeta, enriquecida, al dorso, con la preciosa redacción, de su puño y letra, de su Rima XV.

### Una carta de Gustavo.

Al lado de esa tarjeta, cuidadosamente guardada, hay una carta firmada por Gustavo, con un expresivo y revelador dibujo del poeta que, después, describiremos.

(4) Librería Renacimiento. Imprenta Latina.

(5) «Libro de los Gorriones. Colección de proyectos, argumentos, ideas y planes de cosas diferentes que se concluirán o no, según sople el viento». 1868.

(6) Ha sido fotocopiada como ilustración de un trabajo sobre Bécquer de Montoto

nuevo, *Semana* —31 julio 1951—, se inserta el Acta de los Exámenes de las Primeras Letras de Gustavo Adolfo y de Campillo en el Colegio de San Telmo.

(7) No olvidemos que a los diez años —según Campillo— escribe Bécquer en colaboración con él un disparatado drama —*Los Conjurados*— y una novela que abandonarían en sus comienzos.

Dice así esta carta:

«Querido Ramón:

Ya estamos en el Puerto y dentro de poco me embarco para Portugalete.

Por aquí de salud no estamos mal. El dinero es el que viene estiradillo. Vd. presumo que seguirá tan campante y que Marcelino no habrá atrasado. He tenido la fortuna al llegar a Bilbao, de que se despeje un poco el tiempo; veremos si sigue para los baños.

El chiquitín nos da bastante que hacer, pero él parece animado y bueno. En escribir poesías no hay para qué pensar, porque las musas se asustan de los niños llorones.

Escribame Vd. a mi nombre a Portugalete y no tarde Vd. en decirme si ha ido por casa, cómo anda Gustavín y toda la familia.

Expresiones a su hermana de Vd., a Valverde, a Evaristo y a Marcelino, que no le escribo a él porque ésta sirve para los dos.

Adiós. Vd. mande a su amigo que le quiere.

Gustavo»

Veamos, en primer lugar, quién creo que pueda ser ese Ramón, al cual se dirige la carta. Para mí, se trata de Ramón Rodríguez Correa (8) a quien trató Bécquer, de muchacho, en Sevilla, donde fundaran, en unión de Campillo, un periódico literario en 1856: *El Mediodía*. Después, existe cierto paralelismo entre estos «dos bardos soñadores» —como les llama un escritor del XIX. Correa, a la ruina de su familia, se viene a Madrid y allí se coloca de temporero en el Ministerio de Hacienda, con 3.000 reales anuales, el mismo día, precisamente, en que se coloca también Gustavo Adolfo, «el primer poeta lírico español de este siglo después de Espronceda y Zorrilla», «uno de los más acaudalados en genio y fantasía del siglo en que vivimos», elogios de Bécquer escritos ya a los siete años escasos de su muerte, según se lee en ese famoso libro llamado *Figuras y Figuronas* (9), al cual seguimos en sus páginas biográficas so-

(8) Nacido en La Habana en 1835.

(9) *Figuras y Figuronas. Biografías de los hombres que más figuran actualmente en España. Historia, vida y milagros de cada uno de ellos.* Su autor: Don Angel María Se-govia. Astort Hermanos, Editores. Madrid, 1877.

bre Correa. Este fué, luego, redactor de *El Contemporáneo*, fundador de *Las Noticias*, diputado, Subsecretario del Ministerio de Ultramar, escritor —su novela *Rosas y Perros* ve la luz pública con una nota preliminar de Gustavo Adolfo— y, por último, el principal artífice para que su infortunado amigo Bécquer alcanzase universal gloria a su muerte, al publicar sus obras con un prólogo suyo en 1871, cumpliendo de ese modo con un deber de amistad que los unió, entrañablemente, en vida. Porque de no haber sido por Correa, la memoria de Bécquer —al decir de Salaverría— «se hubiera desvanecido». Bécquer, cuando murió, apenas si era conocido. «La fama de sus artículos y sus versos se había perdido» en el último adiós, dedicado al pie de su sepultura por los amigos que cubrieron su ataúd con los primeros puñados de tierra» (10).

De ahí que en esa obra citada —*Figuras y Figurones*— se lea: «Bécquer. Correa. Estos dos nombres tienen un lazo común: no pueden separarse...»

En el haber de Correa, pues —«que no tiene odio ni prevenciones contra nadie y así se explica que lo quieran todos...»— su interés perenne por mejorar en lo posible la suerte de Gustavo Adolfo. Precisamente, en la misma casa donde murió Bécquer, el 22 de diciembre de 1870 —segundo piso, derecha, de la calle Claudio Coello núm. 7—, vivía Correa en el piso bajo, cedido a éste de por vida por el marqués de Salamanca. Como podréis comprender, el traslado de Bécquer a esa casa se debió a la gestión de Correa, que quería tenerlo más cerca para saber, de continuo, de él y poderle animar en sus momentos de desaliento. Todo ello aclara que cuando Bécquer se alejara de Madrid le escribiera con frecuencia, contándole qué tal le iba. Y a nuestro parecer, una de esas misivas —en su mayor parte perdidas— es esta carta que comentamos, rindiendo el debido tributo a quien, como Correa, supo ser siempre fiel a la memoria del poeta amigo.

### Bécquer en una playa del Norte.

«Ya estamos en el puerto y dentro de poco me embarco para Portugal» —sigue diciéndonos Gustavo Adolfo en su carta.

Con estos datos, es nuestro deseo intentar fecharla. Narciso Campillo asegura —en su mencionada biografía del poeta— cómo éste fué en 1869 a los baños del Norte y, a su vuelta a Madrid, se marchó a vivir al Barrio de la Concepción.

De ese año —1869— suponemos, pues, esa carta. ¿Pero cuál era la vida de Bécquer en esas temporadas de descanso tan cortas y espaciadas en su vida? ¿Cómo se le pasaba el día allí, a la orilla del mar, en ese

(10) *Figuras y Figurones*, pág. 1209.

Bilbao, donde ha tenido la fortuna, al llegar, de mejorar el tiempo, o en Portugalete, donde, por lo visto, piensa quedarse para los baños?

Por lo pronto, sabemos de sus largos paseos por la playa, recitando versos, en compañía de don Antonio Reparaz. Según su hijo Gonzalo —en un extenso artículo publicado en 1936, en el centenario del nacimiento del poeta—, Gustavo Adolfo y Valeriano eran asiduos de la casa de su padre, y Casta Esteban, la mujer de Bécquer, íntima de su madre, la que oíale «sus cuitas» (quejábbase de exceso de poesías y de escasez de cocido), mientras que Gustavo Adolfo oía al piano a don Antonio Reparaz. Este se encontraba bastante unido con el poeta, a tal punto que compusieron cuatro zarzuelas —*La Cruz del Valle*, *Las bodas de Camacho*, *La venta encantada* y *La Gitanilla*, entre 1862 y 1866 (11). Gonzalo Reparaz recuerda, a los 76 años, haber tenido en sus manos el libretto impreso de *La Cruz del Valle*, que desaparece más tarde entre el maremágnum de papeles de su padre, aunque él tenga todavía memoria de algunos versos. «Lo que desgraciadamente ha desaparecido de ella es una cancioncita que Bécquer escribió para que mi madre la cantara a los pequeños al dormirlos».

Otras veces —continúa don Gonzalo— fué el poeta el que inspiró al compositor y «bien guardada tengo una obra de mi padre, titulada *A orillas del mar* —según él me contó en 1883—, compuesta a continuación de un paseo con Bécquer por una playa del Norte, oyendo versos del caro amigo».

¡Gran privilegio ese de oír recitar de labios del propio Bécquer sus versos, dando un largo paseo junto al mar!

De ese modo, entre caminatas poéticas y veladas musicales escuchando a Reparaz tocar el piano, se le irían las horas a Bécquer, en esa temporada norteña. Porque la música le apasionaba. En casa del pianista Zamora, en la plaza de Herradores, en Madrid, se pasaba las tardes enteras. De joven había asistido, en Sevilla, a las óperas de sus preferidos Donizetti y Bellini «y todo el día —como anota Julio Nombela— se pasa tataréandolas con el pensamiento o con la voz». Recordaréis también un retrato de Bécquer, de 1867 —el poeta tenía 31 años—, que dejó sin terminar su hermano Valeriano, donde aparece con una guitarra en sus manos. Y el mismo Nombela declara, por otra parte, que sólo lograba a veces que saliese Bécquer de su casa y le acompañara si iban a casa de Eduardo Prieto para oírle tocar el piano. «Por oír una sonata de Mozart, una sinfonía de Beethoven, una fuga de Bach o una romanza sin palabras de Mendelshonn, habría dado todo...» —asegura.

Esta pasión quizá aclare esa musicalidad interna, íntima, de «violín

(11) La pérdida de estas zarzuelas las achacaba don Gonzalo Reparaz a un editor de Madrid llamado Alonso Gullón.



tocado por un ángel», como dijo D'Ors, que tienen siempre los versos becquerianos.

### La amarga lucha del poeta.

No cabe duda: la amargura de Bécquer fué ese luchar perpetuo de ola inerme que se precipita, una vez y otra, sin fruto alguno, contra los terribles acantilados egoístas de la vida. Él mismo lo dijo: «Mi vida es un erial — flor que toco se deshoja...»

«El desamparo, la pobreza, los sinsabores de todo género que sufrió antes y aun después de ser ventajosamente conocido...», «la eterna lucha del genio desamparado por salvar las frías barreras que de todos lados cercan y encadenan su vuelo...» —escribía Campillo bañando su pluma en la tristeza.

En verdad que da pena ver la lucha de este hombre por desembarazarse de las necesidades que le acosan. Y lo más triste son esas caídas que hay, de pronto, en su existencia, cuando a lo mejor conseguía aferrarse con la punta de sus dedos a una posición más tranquila y desahogada. Así, por ejemplo, al perder con la revolución de 1868 su puesto de censor oficial de novelas, al mismo tiempo que su hermano Valeriano pierde la pensión de 2.500 reales anuales dada por Alcalá Galiano, y volver, de nuevo, a la inquietud, a la incertidumbre...

Sólo dos años después, al fundar don Eduardo Gasset *La Ilustración de Madrid*, y nombrarle director —y redactor jefe a Valeriano— pareció apuntalarse aquel incierto futuro y, como decía Correa, llegó, al fin, la hora en la cual «se podía escribir una oda por entusiasmos» y no por encargo o necesidad; pero, entonces, les sorprendió la fría muerte para deshacerlo todo.

Antes, durante años y años, todo el afán de Bécquer, que era un «fenómeno de inhabilidad reclamista», era «conseguir un año de descanso en la continuada carrera de sus desgracias», porque «cada escrito suyo representa o una necesidad material, o el pago de una receta» —atestigua el mismo Correa en su conocido *Prólogo* (12).

Sin embargo, tampoco nos parece que las tintas, cada vez que se hable de la vida de Bécquer, hayan de ser tan profundamente sombrías. Bécquer disfrutó también de sus días de felicidad y de reposo, bien sea en Fítero o en esas playas del Norte, aunque el dinero —como se lee en esta carta— ande «estiradillo». Después de todo éste fué el cantar de todos los días: andar con el dinero «estiradillo» hasta su muerte. Pero se nos ocurre preguntar: ¿un Bécquer nadando en la opulencia, feliz y

(12) *Obras Completas de Bécquer*. Madrid, 1871. Imprenta de T. Fortanet.

sin problemas de ningún género, hubiera sido capaz de escribir como él lo hizo, dejándose jirones de su corazón en cada verso?

Lo que sí entristecía de verdad a Bécquer en sus vacaciones, era el pensar en el regreso a Madrid y comenzar a nutrir los periódicos de «pedazos de mi alma» —como él mismo confesaba (13). Allí, de seguro, le invadiría la nostalgia del mar, mientras vagaba por la ciudad como un alucinado. Y la nostalgia de Sevilla que este finísimo sevillano arrastró siempre. Porque el sevillanismo de Bécquer —ungido de una gracia angelical— hay que proclamarlo a los cuatro vientos de continuo. «¿Un sevillano Bécquer? Sí; pero a la manera de Velázquez, enjaulador, encantador del tiempo» —decía, en una ocasión, Antonio Machado—. Y a propósito de Bécquer y Sevilla, José Andrés Vázquez escribió también esta líneas muy bellas y que yo gusto de repetir llegado el caso: «Por Bécquer se oye en el mundo entero la auténtica voz de Sevilla, los claros acentos de su alma sentimental. Bécquer es Sevilla y Sevilla es Bécquer» (14).

Por mi parte, con frecuencia he pensado en la infinita tristeza y nostalgia de Bécquer en los pisos de las casas de huéspedes de Madrid (15) al recordar, recién llegado a la Corte, los atardeceres de oro junto al Guadalquivir, y ese amanecer de Sevilla cuando «la luz viene creciendo y dorando las veletas de los miradores» y «hay un olor de flores y de tierra húmeda que embriaga». O esa hora de la siesta de Sevilla que «tanto se parece a una noche con luz. O su sueño en el Corpus, al vislumbrearla, en la distancia, «toda luz, flores, perfumes y galas en las calles» —según palabras del propio Bécquer en algunas de sus páginas más admirables (16), líneas de las cuales trasciende, como un aroma, todo el profundo amor de este excelso sevillano por su ciudad inolvidable.

### Las musas y los niños llorones.

Pero, a lo que íbamos... Bécquer se ha dicho que vive solo para sí y

(13) Dirigió *El Mundo* (2 ó 3 números) y estuvo en *El Porvenir* un mes, porque el Director pagó a sus redactores la mitad de lo convenido. Fundó *La España Artística y Literaria*, de corta duración. En *El Museo Universal* fué donde se publicaron la mayor parte de sus Rimas.

(14) En el *Primer Centenario del nacimiento de Bécquer*. A B C, 16-2-1936. Vid también su *Bécquer* en Soc. General de Publicaciones. Barcelona, 1929.

(15) Gustavo Adolfo llega a Madrid en 1854 con 18 duros. Su tío, el pintor J. D. Bécquer, le dió 30 duros en Sevilla, pero el viaje en la galera le costó 12. Vivió en una pensión de la calle Hortaleza, en otra de la calle de la Paz —donde vivía un poeta sevillano, Luis García Luna, y la patrona, doña Soledad, también era sevillana—, y en Atocha, en Visitación, 8. El itinerario madrileño de Bécquer ha sido seguido muy fielmente por F. Castán Palomar en su artículo: *Evocación de las calles por las que pasó su melancolía el poeta*.

(16) En *La Feria de Sevilla y Octava del Corpus en Sevilla*.



«ni las necesidades físicas le apremiaban, ni le molestaban. En su mísero albergue llenaba su fantasía las cuatro paredes con magníficos paisajes. No se daba cuenta del tiempo ni del medio ambiente en que vivía...». «La vida que hacía Bécquer era monótona y triste, pero como la tristeza era su elemento, ni se afligía, ni se quejaba. En vez de vivir en el mundo, vivía en su cerebro y en su corazón...». Releo esas líneas de Julio Nombela (17), ahora, cuando en la carta a que nos referimos declara Gustavo su interés por el chiquitín y como se encuentra incapaz de escribir poesía «porque las musas se asustan de los niños llorones».

Bécquer casa con Casta Esteban en 1861 y tiene tres niños, el menor de muy corta edad, a los cuales «quería mucho», en opinión de F. C. Sáiz de Robles (18).

Ese párrafo de la carta lo demuestra: a pesar de darle mucho que hacer, todo lo compensa si el pequeñín se encuentra «animado y bueno». Es una nota del poeta repleta de sinceridad humana. Entrevernos también a Gustavo durmiendo a su niño, mientras le tararea esa cancioncilla compuesta por él para que el sueño baje hasta su cuna.

Pero en su casa, ese llanto de los niños —de aquellos niños tan graciosos como nos pintara su hermano Valeriano, cuando pinta el hogar de Bécquer: el poeta sentado, leyendo, y Casta bordando, envueltos en una dorada luz, en una dulce melancolía— hace que el poeta se considere incapaz de encontrar el silencio necesario para ponerse a escribir un verso. Bécquer, lleno de ideas y de proyectos innumerables, no consigue atraer a la inspiración poética, por mucho que lo intente, ni «desnudar a la poesía hasta dejarla reducida a su más honda esencia» (G. Diego), ni hacerla, como antes, «aérea, vaporosa, delicada». (P. Blanco García).

Porque si es verdad que sólo nace la poesía de los seres que «gozan y parecen» —como dijo Huxley—, era preciso para Bécquer llegar a conseguir «ese estado de espíritu entre sueño y vigilia» donde se escucha «el alma delicada de las cosas» y eso sólo precisaba de lo que tantas veces careció Bécquer en su hogar: de paz, de sosiego exterior y de silencio.

Crear un verso precisa de un estado de exaltación de soledad. Ya decía Cervantes que el «hacerlos o el decirlos requiere ánimos de ánimos desapasionados», «reposo y tranquilidad de espíritu» —en el dicho de Ovidio—, por mucho que los españoles nos empeñemos «en desmentir el axioma» —como expresaba con un tono de confesión Nicasio Gallego en el *Prólogo* a las *Poesías* de la señorita Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Porque las musas quieren «todo el corazón del hombre para sí» —dijo un poeta del XVIII, viejo amigo nuestro: Félix José Reinoso. «Las musas

(17) *Impresiones y Recuerdos*. Madrid, 1909-1912.

(18) G. A. Bécquer. Ed. Castro. Madrid, 1943.

son unas doncellas tímidas que enmudecen y huyen despavoridas, durante el fragor de las armas...»—sigue contándonos Reinoso.

Ya Gustavo Adolfo, en su apunte biográfico sobre el duque de Rivas, confesó que su «época no era de poesía escrita, de esa poesía que nace en el silencio del gabinete al calor de la inteligencia como una hermosa y delicada flor del ingenio». Y esa poesía es la que ahora el poeta, sumergido en la inquietud, en la vigilia intranquila de su casa, donde el silencio caía roto por el llorar continuo de los niños, o las preocupaciones acuciantes de Casta Esteban.

Y todo esto viene a traer como consecuencia ese tan debatido problema sobre el fracaso matrimonial de Bécquer y la culpa que en ello tuviera su mujer, Casta Esteban, para algunos críticos —como Juan López Núñez— señora de gran cultura y extraordinaria inteligencia» (19) y para otros —Eusebio Blasco, verbigracia— «ser vulgarísimo» que tenía «la casa descuidada, el cuarto en desorden» y era en suma: «la compañera del poeta que no sabe hablarlos de nada» (20). Punto como veís, en extremo interesante, si queremos conseguir una estampa fiel de la vida del poeta en sus postreros años. ¿Cómo era, en realidad, esta mujer aún incógnita: Casta Esteban? «¿Hizo feliz al poeta?»—se pregunta José Félix Navarro Martín en su ensayo inserto en estas páginas (21). Y continúa: «Nadie puede negarlo rotundamente. Bécquer hubiera necesitado una mujer ideal. Y por ideal inexistente». ¿Y cómo era esa mujer ideal de Bécquer? Benjamín Jarnés siguió en sus «Rimas» —el «barómetro de un corazón»— el rastro de esa mujer idealizada. Pero, a veces, me digo si, en verdad, no hubiera sido una mujer mucho más sencilla de la que nos figuramos. En ocasiones, el poeta demuestra su entusiasmo ante unas labradoras de Avila —honradas y recias— distantes de las «formas aéreas» de la «mujer sílfide, producto de la civilización». (He aquí, una alusión «sílfide» —de moda todavía en su época. Un ejemplo al canto, A J. J. Serrano, en un *Semanario Pintoresco* de 1948, se le caía la baba al escribir: «en el cantar y bailar la andaluza es una sílfide y una sirena»).

(19) En *La mujer de Bécquer, en Románticos y Bohemios*. CIAP, 1929, pág. 193. Vid. también su *Vida anecdótica de Bécquer*. Ed. Mundo Latino. Madrid, 1915. Casta Esteban y Navarro no debía ser tan vulgar cuando tras su viaje a París, en 1882, publica dos años más tarde un libro —*Mi primer ensayo*—doce cuentos reunidos— dedicado a la marquesa de Salar, en el cual confiesa que se ha privado «hasta de lo más preciso de la vida para atender a los gastos de su impresión».

(20) *Mis contemporáneos* (Semblanzas varias). Ed. Francisco Alarez. Madrid, 1866.

(21) Con el título: «Contradicción en torno a la esposa de G. A. Bécquer», en *Archivo Hispalense* núm. 75 —enero y febrero 1956— resaltamos de ese ensayo estas muy acertadas líneas: «Y una mujer de carne y hueso, rozando de continuo a un ser como Bécquer, apartado comúnmente de la realidad, habría de sentirse alejada de él sin poder evitarlo».

que se despeje un poco  
el tiempo. Urenes, lo pague  
para los baños.

El despartir no da bastante  
que tener por el parecer  
animado y bueno. En  
cambio personas no hay para  
que pensar por que hay  
musas se acantan de los más  
horros.



Esta página y la siguiente, corresponden a la carta inédita de Gustavo Adolfo Bécquer, en el epistolario que procedente de su antepasado el conde de Casa Segovia, tiene hoy en su poder don Gonzalo Segovia, de Jerez de la Frontera.

Embárame vol. a mi nombre  
a Portugal y no tarde  
vol una de una es ha ido  
por una como anda gustoso  
y toda la familia.

Esperamos a tu hermano  
de Ud a Valverde a Sevilla  
y a Malaga que me lo escri  
bo a el porque este viaje  
para los dos adios vol  
manda a tu amigo que  
le genere

Gustavo



Ampliación del dibujo de Bécquer que ilustra su carta e ilustra las siguientes líneas de la misma: "En escribir poesías no hay que pensar porque las musas se asustan de los niños llorones".





*Dibujos de Gustavo Adolfo Bécquer cuando estudiaba pintura con su tío Joaquín y Cabral Bejarano, que aparecen con otros de temas varios, incluso taurinos, en un libro de cuentas de su padre don José D. Bécquer.*

**Bécquer, ilustrador de sus cartas.**

Por último, hora es ya de hablar sobre ese dibujo de Gustavo que ilustra la carta. En él, hay un poeta meditabundo —la cabeza apoyada en su mano izquierda y en la derecha como una pluma dejada caer— sentado en una roca y, a su lado, un niño que llora. El gesto en el poeta es de desaliento. Tiene barba en punta, pelo algo revuelto, y es un esbozo— diría yo— del autorretrato de Bécquer. Arriba, como una nube empujada por el viento, huye una musa vaporosa, eterea, la lira en sus dedos. Al fondo, el mar, el perfil de una playa, y dos veleros como dos letras suaves posadas sobre las rayas del oleaje.

El dibujo se encuentra en la parte inferior de una de las carillas de la carta, hecho al correr de la pluma —con una tinta negra— y como ilustración de las líneas transcritas anteriormente: «En escribir poesías no hay para qué pensar, porque las musas se asustan de los niños llorones».

El dibujar al margen de cuanto escribía fué siempre una tentación irresistible para Bécquer. «Y era de ver los primores de sus cuartillas festoneadas de torreones ruinosos, mujeres ideales, guerreros, tumbas, paisajes, esqueletos, arcos, guirnaldas y flores. Rara era la carta —prosigue Correa— que salía de su mano sin ir llena de copias de lo que veía o caricaturas admirables sobre lo que narraba». Y cuenta de una carta suya, recibida en la redacción de *El Contemporáneo*, escrita en la cárcel de Toledo, donde encerraron al poeta y a su hermano Valeriano, extrañados al verlos pasear, recitar y discutir sobre arte una madrugada, «llena de dibujos, representando los detalles de la pasión y muerte probable de ambos justos».

Por aquí, por Toledo, como por Avila y Soria, o por esas antiguas ciudades castellanas sembradas de nieve y donde el cierzo hacía rechinar, de repente, las mohosas véletas de las oscuras torres, paseaba el poeta, compañero inseparable de Valeriano, con su «carpeta de dibujo debajo del brazo» (22). Contemplamos algunos de sus dibujos —la portada, verbigracia, de su «Historia de los templos de España», o la que compuso para su *Libro de los gorriones* (23)— y comprendemos toda la razón que tuvo Campillo al afirmar que «hubiera sobresalido en la pintura».

No en balde era hijo y sobrino de pintores y estudió con su tío Joaquín en un salón alto del Alcázar y con Cabral Bejarano en el Museo de Pinturas de Sevilla, demostrando, desde niño, sus «extraordinarias

(22) Al glosar un dibujo de Valeriano sobre un «Pozo árabe de Toledo», escribe: «que nosotros hemos tenido ocasión de copiar». Vid. sobre el dibujo y sus ventajas a la fotografía, como se refiere Bécquer a ese «misterioso espíritu» que gufa la mano del dibujante, en sus «Sepulcros de los Condes de Mérito, en Toledo».

(23) «Una portada que lo acredita de dibujante genial». F. Iglesias Figueroa en su cit. «Preliminar» a las «Pág. desconocidas de G. A. B.»

dotes» de dibujante. Después, vivió al lado de ese excelente pintor que fué su hermano Valeriano, incansable en su tarea, hasta llegar a dibujar en el balcón a la luna para no gastar en luz, en los días de estrechez en Madrid, tal como indicó Gustavo Adolfo en su biografía necrológica inserta en *La Ilustración*.

Amigos suyos fueron pintores —íntimo en especial, de Casado del Alisal (24)— y de tal modo se reconocieron sus buenas maneras de crítico de arte, que mereció «de los jóvenes artistas de su tiempo ser electo Jurado libre en la Exposición de 1866, cuando su nombre apenas se conocía», según observó Castro y Serrano en *El Panteón de las Artes* (25).

Ahora veo los inciertos monigotes taurinos de Bécquer en una hoja del libro de cuentas de su padre, sus dibujos de cuando era niño, recuerdo aquella Ofelia deshojando su corona que le costó su despido de empleado de Bienes Nacionales, y no sin emoción vuelvo a mirar, en esta carta del poeta hasta hoy inédita, a esa triste figura pensativa al lado de un niño que llora, mientras la ingrata y frágil musa de la poesía huye con un revuelo de su túnica de nieve.

JESUS DE LAS CUEVAS.

---

(24) A Casado del Alisal —quien dibujó a Bécquer en su lecho de muerte—, retrato publicado en el primer número de enero de 1871, en «La Ilustración de Madrid»— se debe la idea inicial en el mismo entierro de Gustavo de publicar sus obras. Para ello se reunieron sus amigos en su casa —Plaza del Progreso núm. 9— dos días después, y junto con Silvela acordaron aportar cada uno 3.000 reales para la edición de sus obras y entregar lo que sobrase a la viuda y a sus hijos. En un diario de esos años «El Guadaletex», de Jerez, núm. 5.725—, se lee la siguiente patética nota: «Algunos escritores recomendaron a la tutela del Gobierno la educación de los dos niños de nuestro infortunado poeta Bécquer». «No seremos los últimos en asociarnos a tan laudable pensamiento». Ese unánime sentir, en especial de sus amigos, se fundamenta en la probada bondad del poeta. «Gustavo fué un ángel» —escribía Correa—. «Nunca hizo mal a nadie».

(25) «No se debe escribir, ni pintar, ni esculpir, ni componer música más que cuando el espíritu sienta necesidad de dar a luz lo que ha creado en sus entrañas» —Palabras de Bécquer dignas de ser recomendadas con frecuencia.